

ALMANAQUE FIJI

1927



30
céntimos



ALMANAQUE

FIFI

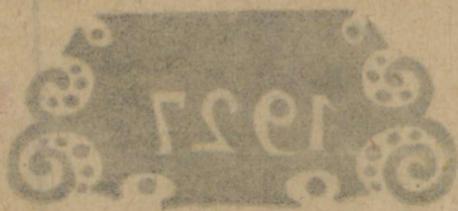
PARA

1927

ALMANAQUE

FIFI

PARA



Entre bastidores

Melchor Picantillo se propuso pasar una buena noche en el teatro. Melchor tenía un amigo empleado en la contaduría del coliseo y éste iba a ser el que le había de servir de introductor en el escenario.

—¿Dónde va ese derroche de gracia?—oyó que le decía una voz de mujer en el vestíbulo del teatro.



—Montas muy mal, chiquito. Tu papá me monta mejor.

—Anoch, me pegaste dos bofetás, Cipri.
—Y esta noche te pegaré tres.
—¿Que me pegarás tres! No me lo hará bueno...

—Aún no asamos y ya prin-gamos—pensó Melchor al oír el piropo.

Y volviéndose a ver de dónde partía, se encontró con una graciosa florista.

—¿Era... eso por mí?—preguntó el dependiente.

—¿Pues por quién había de ser, simpático?



—¿Esa piel es de...?
 —Es de zorra pero muy fina.
 —Enseguida que la he visto lo he dicho.
 Vaya una zorra fina.

—Muchas gracias. ¿Le parece a usted que daré golpe?

—Ya lo creo, y gordo; pero le falta a usted un clavel reventón en la solapa.

—¿Y ahora qué tal?—preguntó el comerciante, mirándose el clavel.

—Ahora no le falta más que un buen «bouquet» para regalarlo a la Manolita.

—¿Y quién es esa Manolita?

—¿Quién ha de ser? Una ami-

ga mía muy guapa, que es bailarina y que se viste en el cuarto número tres.

—Pues venga el «bouquet». ¿Cuánto es todo?

—Para un chico tan simpático, diez pesetas...

—¿Nada más?—preguntó Melchor, suspirando.

—Si usted quiere correrse, yo tomo todo lo que me dan.

—Me lo figuro—murmuró el elegante pagando las flores.



—Mira, nena: si te revienta el corsé avisa y yo te prestaré auxilio.

—¿Y no tendrás miedo a las BALENAS?

Y dando media vuelta se dirigió a contaduría, donde lo esperaba su amigo para introducirle en el escenario.

Con la emoción pintada en el



—Nó toques, niño.

—Pues anoche cuando tu entraste en el cuarto de papá, tu bién que le decías que tocara.

semblante y esgrimiendo el ramo, se quedó solo en medio de un estrecho corredor, porque su acompañante hacia falta fuera.

Pero lo principal estaba he-

cho. Melchor se encontraba te-lón adentro dispuesto a hacer una de las suyas.

Así anduvo un rato hasta que se quedó plantado.

Estaba frente al número tres, o sea donde se vestía la Manolita.

—Tengo la gran suerte—se dijo, aplicando el oído a la cerradura.

Pero como no percibía nada, quitó la oreja y aplicó el ojo.

—¿Quién anda ahí? —gritó dentro una voz de hombre.

—Servidor de usted—dijo el muchacho medio turbado.

En este momento se abrió la puerta y apareció el bajo de la compañía en calzoncillos.

—¿Qué desea usted, caballero? —preguntó con mal humor.

—Supongo que usted no será la Manolita...

—Ya lo creo que no... pues, hombre ¿dónde tiene usted los ojos?

—Sí... ya veo... pero es el caso que le traía este ramo.

—¿A mí?

—No, señor; a la Manolita.

—Pues vaya usted a buscarla, so primavera.

Y diciendo esto cerró la puerta de golpe, dejando en el pasillo al pobre Melchor.

Este no se desconcertó por tan poca cosa y siguió adelante pensando en su conquista.

Aún no había adelantado cuatro pasos, cuando se encontró en una escalera, por la cual su-

bió, hasta llegar a otro pasillo.

—Diga usted, caballero, ¿cuál es el número tres?

—El que tiene un rabo encima

—le contestó el aludido.

—Quiero decir que si está en este corredor.

—Sí, señor. ¿Pero se puede saber para qué lo necesita?

—Para entregar este ramito.

—Ese ramito se lo va usted a comer, pedazo de burro.

—¿Le toca usted algo a la del tres?

—Soy su esposo; calcule usted si le tocaré.

—Pues entonces, usted dispense. Creí que Manolita era soltera.

—¡Pero qué Manolita ni qué calabazas! En el número tres se viste doña Cándida Disloque, mi esposa.

—¿Pero cuántos treses hay?

—Uno.

—¿Cómo?

—Creí que me preguntaba usted por los dioses. Treses hay cuatro. Uno en cada pasillo.

—Entonces, si usted fuera tan amable que me ayudara a buscarle el tres a Manolita.

—¡ Hombre, vaya usted al demonio!

—¿Quién pregunta por Manolita?—dijo un tercero, presentándose en el pasillo.

—Este mono—contestó el de la Disloque.

—¿Y qué se le ofrecía?

—Casi nada; darle este «bouquet».

—Si le es a usted igual dár-melo a mí..



—Mira, mamá, por alla pasa aquel señor que me metió el duro falso.

—Ala otra vez, que venga, que se entienda conmigo, a ver si a mi también me lo mete.

—¿Es usted Manolita?

—No, señor. Soy Perico. Y ahora mismo se va usted a comer el ramo con papel y todo.

—Eso será lo que será.

—¿Sí? Pues, toma.

Y levantando el pie le dió tan fuerte golpe en la barriga al infeliz Picantillo, que cayó rodando por la escalera, perdiendo el ramo y encontrándose entre bastidores como por encanto.

—Me parece que esto se va complicando —exclamó el conquistador levantándose como pudo.

—¡Fuera, fuera!—gritó un maquinista en aquel momento.

Melchior se dirigió a otro lado, pero con tan mala fortuna, que le cayó encima un bastidor de

selva, convirtiéndole el sombrero en un acordeón.

—Por aquí, caballero—le dijo un celador del escenario.

Y Melchior Picantillo fué puesto de patitas en la calle. Por cierto que al llegar a la puerta del teatro se encontró de nuevo con la florista.

—Supongo que habrá usted dado el golpe, señorito—le preguntó.

—Y gordo—contestó Picantillo, renegando de su mala suerte.

J. A.





INVIERNO

Un gran marido

Nicanor y Consuelo pasaron la noche de novios en continuos arranques de cariño y de pasión inmensa...

Así les sorprendió el día penetrando el primer rayo de sol por el cristal de las vidrieras sin romperlo ni mancharlo.

—¡Oh! ¡Qué hermosa estás con el desarreglo natural de estos trajines!—dijo el marido, estampando un sonoro beso en la garganta de su nueva esposa.

A este beso correspondió ella con otro tanto o más apasionado...

Y siguieron las caricias hasta llegar a un verdadero y brutal exceso.

—Esto es demasiado, nenito—dijo Consuelo incorporándose en el lecho y dejando al descubierto sus tentadoras formas.

—Pues aún es poco para saciar la violentísima pasión que tengo aquí en el pecho —añadió Nicanor, que tenía más de romántico que de otra cosa.

—Bueno, pues ya estoy satisfecha y te advierto que soy bastante descontentadiza. Con que basta por hoy y vamos a la calle a respirar los aires puros y estirar un poquito las piernas, que buena falta nos hace.

Y así se hizo.

Consuelo se vistió en un dos

por tres, y Nicanor hizo lo propio, estrenando desde las botas hasta el sombrero, cosa natural en un marido al día siguiente de la boda.

Cogiditos del brazo comenzaron su amoroso paseo, dirigiéndose tiernas miradas; pero poco a poco fué Nicanor perdiendo la serenidad y hasta el color.

—¿Qué te pasa, bien mío?—le preguntó Consuelo.—¡Te pones amarillo como la cera!...

Nicanor, por falta de confianza o por su ridículo romanticismo, se limitó a contestar:



—Acabemos. Dime porqué no me amas esta noche.

—¡Ay, hijo, hay días que no está una para nada

—No es nada, rica mía.. es
que...

—Vamos, habla, pichón

—No quisiera molestarte, pe-
ro...

—A mí no me molestas nunca.
¡Habla, por Dios!

—Pues bien —siguió Nicanor,
dando un fuerte suspiro y apre-
tando a la vez el brazo de su es-
posa—. Desearía que volviéramos
a casa.

—¿Tan pronto?

—Sí, querida mía... no puedo,
no puedo aguantar más...

—¿Aún no estás satisfecho?...

—Aún no.. digo, sí... En fin,
vamos a casa.

—Vamos cuando gustes. Aquí
me tienes en alma y cuerpo pa-



—¿Va usted á salir á escena, Lulú?

—Todavía no ¿No ve usted que aún es-
toy vestida?



—¡Demonio qué elegancia, qué belleza,
qué líneas!

—Pues todo esto puede usted conseguirlo
por cien pesetas.

ra lo que quieras. Soy tuya..
absolutamente.

Y aquí Consuelo suspiró con
delicia, admirando al marido
que había encontrado para cal-
mar sus afanes.

—Si te parece buscaremos un
coche—dijo Nicanor, jadeante.

—Allí viene uno.

Y marido y mujer se metieron
en una berlina.

Consuelo dió al cochero las
señas de su casa, y añadió:

—Apriétele al caballo, que la
cosa apremia.

*

Consuelo llegó a su habita-
ción, despojóse de los vestidos,
y sentándose en la cama espera
con ansia la llegada de su fe-
bril esposo.



—Señora, por favor. Cójame usted los huevos, que se me van á caer.

—Esto es de lo que no hay— decía reflexionando—. Un esposo tan amante y tan fuerte difícilmente se encuentra en estos tiempos tan decadentes. ¡Parece mentira, después de una noche como la que ha pasado y de un epílogo como el de esta mañana!...

Pero Consuelo esperaba en vano.

Mientras ella se hacía estas reflexiones, Nicanor se quitaba las botas, causa de su malestar, y exclamaba tirándolas lejos:

—¡Maldita sea la estampa del zapatero! ¡Reniego del calzado estrecho!

JOTA

Seductora modistilla;
divinidad de chiquilla;
la sonrisa angelical
de tu boquita ideal
me produce maravilla...

Te idolatro con locura
y diera por ti, criatura,
sin titubear mi vida.

¡Quiéreme, niña querida,
y labrarás mi ventura!...

Ya sabes que sólo un «sí»
habría de ser «pa» mí
la «palabra más dichosa»...
¡Dámelo, niña preciosa,
que muero de amor por ti!

M. MOLINA AMBITE



—¿Y á usted también le han subido la casa?
—¿A mí? Trabajo le doy á mi casero si se empeña en subírmela.

SONETOS

□□□□□□

Deja que te mire, que mi alma ansía
respirar el aroma de tu aliento,
ya que en él ha de hallar mi pensamiento
un torrente de amor y poesía.

No pretendo cantar, pues no podría,
tu hermosura, tu gracia y tu talento;
es muy torpe mi Lira ante el portento
que al mundo exhibes, eclipsando al día.

¡Dichoso «aquel» que tu cariño evoca!
Si te adora cual mereces adorarte,
ha de ser su pasión sublime y loca;
ha de sentir deseos de estrecharte
y beber en la fuente de tu boca
los goces del amor; después... ¡besarte!

J. MILAN

Deja que te mire, que este tío ansía
saber a qué hueles, pues según presiento,
has bebido mucho, y mi pensamiento
no me toma el bucle; ven, amada mía.

No pretendo beber, pues no podría;
sólo quiero abusar de mi talento
y decirte en seguida, en el momento,
que te gusta «soplar» más cada día.

¡Dichoso «aquel» que tu costumbre evoca!
Si al final se decide a convidarte,
has de amarle con fe, con pasión loca,
ha de sentir deseos de pegarte,
y al ver lo que «liquidas» por la boca
pagarte dos de a diez; después... ¡dejarte!

A. VILLEGAS



PRIMAVERA



VERANO



—Me viene muy estrecha. El único que me la puede meter, es el sinvergüenza de mi primo.



- ¿Es verdad lo que dicen, Conde?
 —No se, hija.
 —Que has dejado á Araceli y te has arreglado con la madre.
 —Sí. He cambiado de táctica. Ahora prefiero las mamás.

Proposición aceptada

Madame de Crouserie se presentaba en el circo haciendo equilibrios sobre alambre flojo.

Y como a más de equilibrista era bella y francesa por añadidura, impresionó grandemente a un conocido jugador de Bolsa, muy amante del género francés modernista.

—No te hará caso —le decía un amigo antes de terminar el espectáculo cierta noche.

—Pues yo estoy decidido —siguió el enamorado bolsista—. De esta noche no pasa.

—Ya puedes prevenir la «guita».

—No espero que sea muy cara.

Así hablaban los dos amigos, cuando la de Crouserie se presentó en la pista dando saltitos y haciendo mil coqueterías empalagosas.

—El bolsista se estremeció mucho en aquel momento y la miró de un modo enloquecedor; a cuya mirada contestó la bella francesita echándole un beso «puntiagudo».

No pasaría una hora cuando la equilibrista se presentó en la vía pública acompañada de un perrillo, también francés, y no sabemos si «modernista».

¡Las francesas son terribles para estas cosas y para «otras»!

En fin, es el caso que el afortunado bolsista comenzó en sus amores a jugar al «alza», pero no tardó en presentarse la «baja» de un modo desastroso.

La joven francesaapuró en cosa de un mes, todos los recursos físicos y morales de su amante, dejándole sin un céntimo y por añadidura sin fuerzas para salir «de un compromiso».

Una vez deshecha de aquel estorbo, se contrató en un café-concierto como primera mima de una pantomima de espectáculo, en la que hacía a las mil

maravillas un papel de cabo de cañón de un sensacional regimiento de mujeres medio locas.

Y aquí, en este café concierto, flechó a un caballero de bastante edad, pero forrado por dentro y por fuera de billetes de Banco.

Madame de Crouserie estaba de suerte.

Ya tenía en perspectiva otro infeliz a quien desplumar.

Pero no contaba con la huésped, o mejor dicho, con el huésped; y éste, era el bolsista arruinado, que la seguía como su propia sombra enterándose hasta de los pasos que andaba.

Y, claro, averiguó lo del viejo, supo que estaba para soltarle una declaración y supo, además, que su riqueza provenía de prestar dinero a rédito.

Pues bien; una noche esperó al vejete en la puerta del establecimiento, y antes de que pudiera hablar con la de Crouserie se le acercó, diciéndole a la vez:

—Caballero, dispense si le interrumpo el paso.

—Dios le ampare, hermano— siguió el viejo.

—No pido limosna, aunque me hace bastante falta.

—Entonces...

—Se trata de un asunto de usted.

—¿Mío?

—Sí, señor; y como le veo por mal camino, antes de que se lo chupen como a un espárrago

triguero, le voy a dar un consejo.

—No comprendo.

—Me consta que está usted enamorado de Madame de Crouserie.

—¡Caballero!

—Yo también lo estaba como un besugo y se me comió en cosa de un mes toda mi fortuna, porque yo era rico...

—¡Cuerno!

—Desde entonces ando errante por calles y plazas procurando



—Fijese en aquella rubia, que bien va de pieles.

—Ya las puede llevar con tantos como ha despellejado.

do ganar una mísera peseta sin poder conseguirlo hasta que la Providencia me ha hecho conocer a usted.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Pues la cosa es muy sencilla: yo conozco a fondo a esa mujer y me sé de memoria todas sus artes buenas y malas.

Ante usted me coloco para quitarle de la cabeza ese amor funesto y a la vez para ponerme

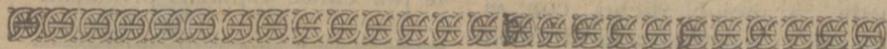
a su disposición con menos pretensiones y menos «moños» que esa mujer peligrosa.

¿Y ustedes se figurarán que el prestamista le daría dos punta-piés a aquél sinvergüenza?

Pues, no, señores; sonrió de un modo especial y cogiéndolo del brazo, exclamó:

—Probaremos.

S. S.



TRIUNFO

SONETO

En la capota del landó sentada,
como una reina sobre el trono, altiva;
un prodigio de hermosura viva
que deja a la gente esclavizada.

Y triunfa de la plebe alborotada
con bravo gesto de mujer esquiva,
que aun tratando a los hombres despectiva,
Amor enciende en ellos su mirada.

Toda su carne ímpetu y fiereza;
imperial se aparece, arrogante
bajo lluvia papel multicolor.

Y hay tanto de tragedia en su belleza
que evoca a la vestal en el instante
que mandaba dar muerte al gladiador.

ENRIQUE MOLLA



OTOÑO

Un caso raro

Me han contado una cosa estupenda; y aunque yo no paso a creerla por lo inverosímil, tengo un especial gusto en trasladarles el cuento.

Cuentan las crónicas galantes que hace cosa de un mes, día más o día menos, se presentó en un teatro de París una bellísima joven ciclista, que hacía diabluras sobre su brillante máquina de plata y marfil.

El público la aplaudía entusiasmado, tanto por lo arriesgado de sus trabajos cuanto por tener más tiempo ante sí aquel



—Mira, riquín, he visto unos solitarios muy bonitos en casa de Ansorena. ¿Me los comprarás?

—No, hija; no quiero darte el placer de los solitarios.

portento de formas esculturales.

Y ocurrió lo que era natural que ocurriera.

Un señor americano inmensamente rico le ofreció su oro y su amor.

—Soy joven —dijo a la artista—; tengo el dinero de sobra, y aunque estoy casado con una mujer divina, sin que esto sea tratar de eclipsar su belleza, me rindo hacia usted y la ofrezco todo cuanto soy y todo cuanto valgo.

La ciclista escuchó con calma tal declaración, y contestó de esta manera:

—Nada nuevo me cuenta usted, amiguito, pues estoy cansada de trastornar cerebros tan bien organizados como el de usted; pero antes de aceptar el ofrecimiento que me hace deseo saber si es digno que yo le ame.

—A todo estoy dispuesto—exclamó el americano, cada vez más interesado.

—Pues bien; deseo saber si su esposa es tan bella como asegura o si se trata de que, cansado de aguantar un fenómeno, se quiere «desquitar» conmigo.

—Le juro que mi mujer es un prodigio de belleza... pero... vamos, que usted me gusta más.

—Deseo tener una prueba de lo que dice.

—Estoy dispuesto.

—¿Me quiere usted convidar a comer en su casa?

—Mañana a las once le enviaré al hotel mi carruaje.

—¿Tendrá celos su esposa?

—La tengo acostumbrada a recibir visitas de artista.

—Pues hasta las once.

—Hasta las once.

Al día siguiente el americano y su esposa almorzaron con la genial artista.

Esta quedóse prendada de la hermosura de su rival, tanto, que la esposa del americano llegó a sonrojarse más de una vez en vista de las provocativas miradas que la dirigía.

El almuerzo terminó en medio de la más franca alegría, y el opulento americano retiróse a sus habitaciones, dejando juntas a aquel par de bellezas.

—Oh, los americanos tienen mucha suerte!

Y así pasaron días y días.

La amistad entre la americana y la ciclista fué estrechándose por momentos, hasta el punto de no querer separarse la una de la otra.

Y a todo esto, el animal del marido sin conseguir ni una caricia de su bella amiga.

¿A qué obedecería esto?

El pobre hombre comenzó a sospechar, hizo algunas gestiones, gratificó a los criados, y al fin vino a saber su desgracia.

Mirando por el ojo de la llave del cuarto de su esposa, vió a ésta en coloquio amoroso con

un joven de un parecido exacto con la hermosa ciclista.

—¡Era un hombre!—gritó sin poderse contener.

Y dándole un topetazo a la débil puerta, penetró en la estancia, sembrando el estupor en aquel par de tórtolos.

El escándalo fué mayúsculo; y todo París se enteró de que la bien modelada, la escultural ciclista era un hombre hecho y derecho...

Y ahora entra lo más original del cuento.

¿En qué dirán ustedes que

Un compromiso.



—¡Dios mío! ¡Vaya un apuro!
Corre que llega papá
—Allí no nos ve. Es seguro
—¿En aquella casa? ¡Ca!
¿No ves que allí está mamá
en unión de don Arturo?



-Que quieres que te meta el dinero en el monte de Piedad?
=Si, métemelo en el monte

CAÑITAS

Tengo fatigada el alma,
y sólo un querer muy grande
ha de poder despertarla.

Hago examen de conciencia,
en seguida observo a todos...
y no encuentro diferencia.

Dando vueltas, dando vueltas
nos pusimos frente a frente,
nos miramos, nos reímos
y seguimos la corriente.

En el fondo de mi alma
están repicando a Gloria,
y han causado mi alegría
las palabras de tu boca.



—Pero, niña, sabes que eres ya una mujercita? ¿Por qué no te pones las falditas largas?

—Porque mamá no quiere; pero conste que a mi me gustan largas, cuando más largas mejor.

—Pero oye, Remedios, ¿sabes que tienes muy gordo ESO DE SENTARTE.

Hoy se ha extrañado la gente
porque me ha visto de luto,
y es que la gente no sabe
las fatigas que yo sufro.

No podemos ser felices,
Nuestras almas son gemelas,
y has de hacer traición al «otro»
y he de hacer traición a «ella».

Hago callar la razón
si la voluntad se impone,
y después me quejo y digo:
—¡La desgracia de los hombres!

Una vez la Voluntad
se encontró con el Destino
y riñeron... Desde entonces
siguen contrarios caminos.

J. ENRIQUE DOTRES



—Y usted ¿que les dá a las mujeres para
conquistarlas?

—Jarabe de pico.

—De manera, que con la lengua las con-
vence?



Mariucha y Carmensilla
que como estan mayadas
van a hacerse una tortilla.

AMOR DE OTOÑO

Para mi amigo José Pérez Soriano.

Ven: esta noche de otoño quiero que seas mía,
pues siento que florece mi estéril juventud;
ven, no temas; mi alma es una rosa
que se rejuvenece con esta soledad.
Tú, mírame a los ojos; yo miraré a los tuyos.
Estaremos sentados junto a un fiel surtidor.
El dirá su cantata sobre el tazón de mármol,
y callará el delirio de nuestro ardiente amor.
A más, tendremos una rosaeda sonora
tendida a nuestras plantas como un manto nupcial.
Las rosas, ya marchitas, ofrendarán su gracia
besando, muy rendidas, nuestro idilio carnal.
La Luna... (¡oh, la Luna de estas noches de otoño!)
filtrará por las frondas y besará tu frente;
yo besaré tus labios, tú cerrarás los ojos,
vencida ya tu alma por mi culto ferviente...
...y pasarán las horas; recostada en mi pecho,
sintiendo yo tu alma la noche pasará...
y la aurora... (¡la aurora de estas noches de otoño!),
como un rosal de fuego se nos anunciará...
...y entonces nuestras almas tomarán el camino
que conduce al soñado vergel de la Ilusión.
yo como santa ofrenda pondré a tus pies, amada,
muy reverente, el regio clavel del corazón...

JUAN B. BROCAL

CHISMES Y CUENTOS

Cierto pollo, tonto de capirote al parecer, concurría con mucha asiduidad a casa de una señorita, cuya madre, temerosa del «qué dirán», se resolvió, por fin, a interpelar al joven:

—Señor mío, es preciso que con toda claridad me diga si viene a mi casa para casarse con mi hija o con otro objeto.

—Con otro objeto — contestó «cándidamente» el pollo.



El conde de Valbelle, amante de madama Argenson, solicitó un empleo del marido de ésta; primer ministro de Francia.

—Yo no hallo más que dos destinos dignos de vos—dijo el ministro:—el Gobierno de la Bastilla o el de los Inválidos; pero si os doy el de la Bastilla creerán que es por encerraros en ella, y si os coloco en los Inválidos, dirán que os ha echado allí mi mujer. Escoged vos.



Dos amigos conversaban acerca de las mujeres.

—Puedes creerme, Eduardo, — exclamó tristemente uno de ellos, — desde que Luíca me ha engañado, no he vuelto ni siquiera a mirar a una mujer.

—¡Bah! — repitió el otro sonriendo; — eso es como levantarse de la mesa por haber encontrado un pelo en la sopa.



Diálogo entre dos calaveras:

—Amigo, estoy desesperado; hace dos semanas que busco un marido celoso y no lo encuentro.

—¡Un marido celoso! ¿Y para qué le quieres?

—¡Toma! Los maridos celosos indican dónde están las mujeres bonitas, así como los tapones largos nos enseñan en dónde está el buen vino de champagne.

:: Editorial



Carceller ::

PUBLICACIONES FIJAS

LA TRACA
EL CLARIN
EL PIROPO
EL FALLERO
NOSTRE TEATRO

Publicaciones no periódicas

Obras de literatura,
arte y música.
Folletos científicos,
humorísticos y
recreativos.

OFICINAS Y TALLERES

Unión Ferroviaria, 3 (Gran Vía de Germanías) Teléfono 1315.-VALENCIA

Colección Fifi

A quince céntimos cuaderno con portada a todo color y magníficas ilustraciones.

La Vergonzosa.—Dos Buenas Amigas.—¿Cómo lo tendrá?—Sólo por favor.—Raimundo El Violador.

En Prensa: El sub ime Placer.—Un estreno.

Colección Bésame

A veinte céntimos cuaderno; estupeña presentación.

Remedios La Postinera.—Entre Ellas.—Cada cual a su negocio.—El sublime placer.—Mi señora tía.—Casa de dos puertas.—Madame Mary-Modas.—Las cosas de una institutriz.—Dos estrenos.

—Una casa decente.—Carmen la imaginativa.—El pañuelo rojo.

En preparación: ¡Me la metió!.—Las Delicias de Adela.

Colección La Traca

Tractat del Pet.—Koki.—Cuentos de la Nasia.—Cuentos Pudents.—Cuentos de Llaurors.—Cuentos de Sarcristia.—Sermó de Cuaresma.—Sempre Musfio.—El Ditef de Tomasin.—La Caiguda de Isabel. El Curandero de Grasia.

En Prensa: El Detective

Colección Popular

Cuentos Picantes.—Cuentos Verdes.—Cuentos Sicalípticos.—Cuen-

tos de alcoba.—Cuentos Prohibidos.—Cuentos Picantes.—Cuentos Galantes.

En preparación: Cuentos Subditos de Color.—Cuentos Libres.—Cuentos Cuentos Inocentes.

Colección Gracia Pura

Chascarrillos Taurinos.—Cosas de Carreño.—Colmos y Chis:es malos.

En preparación: Cosas de Quevedo.—Chismes de Gedón.—Cosas de Calmez.—Cuentos Baturios.—Cuentos Andaluces.—Cuentos Olorosos.

Colección Taurina

El Divino Calvo.—El cobarde Marcial.